

*Un pregón del costalero no puede hacer mucho contra el terror y la muerte, pero es que yo no tengo otras armas.*

*Frente a vuestras bombas, solo puedo elevar mi voz y gritaros que no vais a poder con nosotros.*

*Cada muerte era una vida, cada vida un millón de momentos, miles de cariños enamorados, cientos de alegrías de primavera, de penas por los fracasos, millares de amigos que los querían, centenares de familias ahora para siempre vencidas. Cada vida era un universo, donde ya nunca amanece, por el capricho sanguinario de vuestra crueldad.*

*Me dan ganas de decir, pero no debo, que no tenéis perdón de Dios, así que mejor diré que os perdone ÉL, que todo lo puede. No tenéis piedad, pero no vais a poder con nosotros.*

*Estas palabras no figuran en mi pregón. He querido expresamente decirlas antes de comenzar. Porque yo escribí un pregón desde la alegría, y no voy a dejar que el odio de ningún miserable consiga que yo tenga que pronunciarlo y ustedes escucharlo desde la tristeza ni desde la rabia. Esa también tiene que ser nuestra victoria, que no nos roben la alegría. Por cada muerte tendrán mil vidas, por cada bomba un millón de palabras de esperanza como las que esta noche pretendo decir.*

*Cada vida que se cobra el terror, es la vida de alguien que ha muerto por nosotros, y eso nos obliga a ser mejores. Que nuestro tributo no sea sólo acordarnos un breve minuto silencioso de ellos, o acudir a una manifestación que solo dura unas horas. Que nuestro homenaje, y hablo poniéndome al frente de lo que digo, sea vivir por ellos una vida digna.*

*Este humilde pregón del costalero, que habla de amor, y de almas, y del cielo de Sevilla, empieza con ciento noventa motivos más para intentar ser algo bonito.*

*Con todo mi corazón, va por ellos.*

*Es muy posible que me tomen por loco si empiezo diciéndoles que cada noche sobrevuelo Sevilla cuando todos duermen, cuando nadie puede verme. Aunque no me crean, yo les juro que surco su cielo, que navego los mares inmensos de su madrugada, que me encarno para ello en cualquiera de esos pájaros que circundan como satélites su fortísima Giralda, confundidos por la luz que la enciende como un sol dorado en la oscuridad. Y así, volando su cielo y su noche, me doy cuenta de cuánto adoro a esta ciudad.*

*No sé si alguien va a entenderme si digo además que mi vuelo nocturno no es de este mundo. No tiene límites de espacio ni de tiempo, ni encuentra paredes que no pueda atravesar. Puedo ver los sueños de los que duermen, el pensar de los que piensan, las vidas de los que viven. No, no estoy loco, es sólo que quizá yo no soy quien ustedes piensan. Tal vez me comprendan al final de esta historia de costaleros que ahora voy a contarles. Verán...*

*Todo empezó una de esas noches, noche de enero, madrugada ya, cuando me posaron mis alas y el destino frente a la ventana de una casa, no lejos de aquí, junto a San Román. Tras ella, bajo la luz de una lámpara, un hermano de San Esteban, sí, ese mismo que ven ahí subido ante el atril hecho un manojo de nervios, se afanaba sin fortuna en poner en orden palabras sobre un papel, para contarle hoy con todo cariño a su gente algo tan simple como qué grande es ser costalero de Sevilla. Pero, ay, los sentimientos hechos palabras son como esculturas, y Dios no ha llamado a todo el mundo por los caminos del Arte. Volví y revolví en su mente las frases el aprendiz de pregonero, sin conseguir que expresaran ni de lejos todo lo que su corazón de cofrade quería decir.*

*¡Y vaya si cabe angustia en un folio en blanco con fecha de entrega! Tanta compasión me dio verle así, hundiéndose en ese pantano de tópicos repetidos, ideas manidas y adjetivos rimbombantes, que decidí, aunque él nunca lo sepa, que mi buena acción de esa noche, a la que además por condición estoy obligado, sería darle un empujoncito a su mano, sacarla de su laberinto de frases hechas, o mejor dicho, mal hechas, y dirigirla un poco, a modo de cruz de guía si quieren, de manera que desde lo más profundo de su corazón y sus recuerdos, dibujáramos juntos algo tan sencillo como el pregón sencillo de un cofrade sencillo, que, eso sí, ha tenido el enorme privilegio, y bien que le llena de orgullo, de ser costalero en la ciudad de los costaleros, que ha podido mirar su interior desde el interior de un palio de Sevilla, y que se dio cuenta, con la claridad meridiana que impera en la oscuridad compartida de los faldones de un paso en mitad de una chicotá, de esa gran verdad que dice que lo tangible no es permanente, que la vida verdadera está por llegar, y esto, si os sirve de algo, lo suscribe quien mucho de eso sabe ya.*

*Le ayudaré a dibujar un pregón sencillo, sí, pero sentido. A ver si conseguimos esta noche ser cuatro notas de la voz del corazón de algunos de los que pusieron un día su cuello al palo, para poder ver Sevilla, su Semana Santa, su vida, y hasta su fe, de otra manera. Un pregón sencillo, sí, pero distinto, que no comparta eso de “qué te digo yo que no te haya dicho nadie” que alguien le escribió un día a Sevilla con imaginación derrotada. Yo te digo, hermano, con la seguridad que me da el poder otear desde aquí arriba en vuestro interior, que todos llevamos grabada dentro del alma una carta de amor íntima y particular a Sevilla, a sus calles, a su Semana*

*Santa, a tu Hermandad, compuesta con tus momentos vividos y tus profundos amores. Y bien que lo siento, Sevilla, por quien así no te sienta.*

*Y ahora, vengan con nosotros, acompáñennos, que este humilde pregonero y quien le inspira les invitan de corazón a volar Sevilla en esta noche de Martes de Pasión, a compartir con ellos esta carta de amor, este sueño de costalero en el que todos cabemos.*

*Pero no perdamos el camino. Me quedé frente a aquella ventana, en San Román, donde un cofrade, abrumado por la responsabilidad, me pedía ayuda a gritos sin saberlo. Me decido entonces a actuar. Paso a través del cristal y, sin que lo note, me acerco y le tomo la mano, que escribe entonces su primera frase: Sentirse costalero por vez primera. Y veo el efecto inmediato de mi ayuda, porque al instante su imaginación, poderosa máquina del tiempo, se arranca a volar, sin darme lugar casi a agarrarme a ella para viajar juntos entre sus recuerdos, yo que puedo también surcar la inmensidad de los tiempos sin agotarme. Navegamos atravesando la bruma de los años pasados. Parece que busca en su adolescencia. Llegamos a una tarde soleada de Jueves Santo ¿cuánto hace ya, veinte años?*

*Por allí le veo venir, desde la Puerta Osario, camino de Santa Catalina. Debajo del brazo, el lío de la ropa, blanco y negro, le huele aun, de puro nuevo, al Siglo sevillano. No sé si le pesa más el sol de tres de la tarde que se clava con justicia en las losas de la Plaza de la Paja, y quema el esparto de las alpargatas que hoy estrena, o la congoja de costalero primerizo y la incertidumbre de si podrá o no podrá con el paso. Más de ciento cincuenta hombres, todos de cuerpo, solo algunos de edad, igualando ante la mirada curiosa de un chavalerío de barrio que envidia y aprende no perdiendo detalle. Más de ciento cincuenta hombres, a unos espera el desafío poderoso de un Misterio que es todo un barco y se traga dos cuadrillas de remeros para llegar a buen puerto, y a otros una belleza dolorosa, iluminada, que inunda Sevilla bajo su mar de Lágrimas y su palio primoroso de Juan Manuel que, a ver si con una ayudita de todos, podemos seguir disfrutando mucho tiempo.*

*Sentirse costalero por vez primera. Cosquilleo que solo conoce el que se ha metido debajo queriendo de corazón lo que arriba lleva. Cómo se empeña la memoria en no escatimar detalle alguno de aquella tarde imborrable de Jueves Santo. Tras la igualá, un cafelito de rincconcillo, un cigarrito de paquete compra a medias, y a la iglesia, que ya es la hora.*

*Y allí la ve, tan bella en su paso, y se acerca y le pide en silencio: “Que tus Lágrimas me hagan más fuerte para llevarte bien por Sevilla, que contigo se cumpla mi sueño de niño de ser costalero.”*

*Tarde lejana de marzo,  
te miro y recuerdo hoy.  
Soñando sueño que voy  
bajo su manto y su palio.  
Desde el atril pregonando*

*desvelo la vez primera,  
que vi en la trabajadera  
esa escalera hacia el cielo,  
secreto de costaleros,  
que hasta su vera te lleva.*

*Palio antiguo de Lágrimas,  
bordado en cielo de plomo,  
color de tormenta y de oro  
que Su Pasión ya presagia.  
Lejanas tardes de magia,  
de marzos en mi memoria,  
recordadme esas historias  
de niños aventureros,  
haciéndonos costaleros  
para subirla a la Gloria.*

*Se alza ya el telón de los faldones. Que cada uno ocupe lo menos que se despacha en sitio. Debajo del paso se corta un aire que, de escaso, no llega para todos. Con cada chicotá de la tarde, se irá haciendo denso, húmedo, irrespirable. ¡Pero atentos, que llama Manolo Santiago! General de negro para un ejército de hombros. Y obediente te pones al palo, y en un gesto más nervioso que necesario acomodas tu costal, todavía seco y planchado, al que va a ser por unas horas su potro de tortura. Bendita tortura la trabajadera de un palio para un cofrade de Sevilla. Una voz dedica con sentimiento la primera levánta y regala palabras de ánimo a la cuadrilla. Se oye la orden: “¡a esta es!”, y metes riñones esperando la señal inminente del martillo, que un eterno segundo después llega, con la misma rotundidad con la que unánimes empujan treinta cuerpos con toda su alma gritando al cielo, y como por arte de magia allí se quedan flotando por un instante fugaz, madera, plata, cera y bordados, mil kilos de paso suspendidos entre el incienso del aire como una pluma, para venirse encima y ser ancla en un golpe seco sobre tus hombros, golpe que fuera suena a tintineo de bambalinas que intentan recomponerse, quejas por la repentina levánta, a varales sorprendidos por el brusco zamarreo, a aroma de rosas que se olean perfumando la iglesia, pero que abajo, abajo es crujir de madera y gemido que se ahoga en las gargantas por lo mucho de la carga. Sientes el peso presionándote el pecho al respirar, luchando con la espalda, que se esfuerza por mantenerse erguida, intentando doblar tus piernas, clavadas en el suelo. Pero esta batalla la van a ganar los de abajo. Se tensa en la frente el costal, hundido por el palo en un cuello que empieza a calentarse. Ya está arriba el paso. Venga de frente poco a poco, y rompe a andar el ciempiés, el izquierdo por delante, buscando la luz de la calle.*

*Y ahora que has nacido, hermano costalero, pasea tu Fe por Sevilla.*

*Pero empecemos por el principio, que aunque avanzado ya este pregón, que nace extraño porque son dos y no una las manos que lo escriben, no puede faltar el*

*respeto a las autoridades, a las personas que ocupan la presidencia, y a todos los asistentes, y más si cabe porque es mucho el cariño compartido con ellos:*

*Don José Robles, rector de la Iglesia de San Esteban;*

*Querido Julián, Hermano Mayor, esta noche vas a oír aquí delante de todo el mundo lo mucho que te quiere este que habla y lo importante que eres para tantas personas en este rinconcito del mundo que es la Puerta de Carmona. Que te sirva de adelanto saber que este humilde pregón lleva grabado tu nombre en su dedicatoria;*

*Excmo. Sr. Delegado del Gobierno en Andalucía, querido Juan Ignacio, gracias por enseñarme tanto no ya en todas esas horas de trabajo que he tenido la suerte de compartir contigo, sino como hombre de bien y como creyente con mayúsculas que eres. Tu familia y tú nos habéis dado a todos una auténtica lección de Fe. Escuchad bien este pregón, que puede que tenga mucho que ver con vosotros;*

*Ilmo. Sr. Subdelegado del Gobierno en Sevilla;*

*Señores Capitulares del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla;*

*Representantes del Consejo General de Hermandades y Cofradías;*

*Representaciones de otras Hermandades;*

*Pregoneros de años anteriores, a algunos de los cuales he tenido el honor de presentar desde este mismo atril;*

*Queridos Juan Ramón y José Manuel, mis buenos amigos, que estáis aquí sentados en nombre de los capataces y costaleros de Sevilla. Vosotros sois los protagonistas de este acto, la gente buena de abajo, la que se pone al palo y al martillo y saca mi palio por esa puerta, como si fuera fácil.*

*Hermanos y amigos de San Esteban y de Sevilla*

*No deja de sorprenderme esta Sevilla nuestra. Y ahora que la veo desde aquí arriba, ahora que nada de lo que en ella pasa se me oculta, más insólita me parece. Sevilla, tan rigurosamente*

*cíclica, tan desconfiada de las evoluciones, tan ensimismada en repetir su calendario paso a paso, minuciosamente, sin olvidar un solo detalle Animal de costumbres es Sevilla, como el sevillano.*

*En esa ciudad tan extraña para quien no la vive intensamente, es ya época de Cultos, de igualás y de ensayos de cuadrillas. Después, en los bares de alrededor, en Pepe el de la Fresquita, allí frente a Santa Cruz, o en Alvarito Peregil, con la Giralda elevándose como una inmensa antorcha al final de Mateos Gago, o en la pureza trianera de Santa Ana, o en Ovidio, la catedral de los bares cofrades, en todos ellos deja de existir el tiempo y las tertulias se eternizan, siempre de fondo la banda sonora*

*de cornetas y tambores, siempre en el aire la humareda fragante de inciensos y carbones. Ya sólo hay sitio para hablar de cofradías.*

*La otra noche encontré a nuestro pregonero aquí enfrente, en uno de esos templos de charlas costaleras llamado La Ojiva. Su nombre y su cercanía a esta iglesia dejan bien claro de qué Hermandad son tabernero y parroquianos. Estaba allí nuestro amigo con su gente de San Esteban. Hablaban de su Hermandad, en una escena que seguramente se estaba repitiendo en mucho otros rincones de la ciudad. La Ojiva es un lugar mágico, porque*

*allí dentro, cada martes del año, sea invierno o verano, haga sol o truene, es Martes Santo y está San Esteban en la calle.*

*En un rincón, Pepe Vallejo, que es de esos que no para hasta conseguir lo que se propone, le cuenta a Carlos García cómo va cayendo ese agua de mayo para el desierto que son los hospitales que San Esteban construye en el Sahara. Se encuentra a Dios en muchos sitios. Pepe lo encontró en los ojos, abiertos e inmensos, como el universo de arena que los alberga, de los niños saharauis. Pepe, y Gabi del Castillo, y Antonio Caraballo, y todos los que andan metidos de lleno en este proyecto, se dieron cuenta antes que nadie que el manto de su Virgen, aunque no lo parezca a simple vista, está bordado. Bordado con el oro puro de la gratitud de tantos desamparados del mundo que van a poder curarse gracias a San Esteban.*

*En la esquina de la barra, los capataces, con algunos costaleros, hablan de la última entrada en Campana, y opinan sobre las marchas que hay que tocar el Martes que viene para, si Dios quiere, hacerlo bonito otra vez. Después de un año sin salir por la lluvia, en La Ojiva se respira hambre de cofradía.*

*Al fondo, el Hermano Mayor, que es un poco o un mucho el padre de todos, charla con el pregonero. Dos generaciones distintas, un mismo amor a Sevilla y a San Esteban. A Julián le gusta contar como eran el barrio y la Hermandad antes, y adoba con infinidad de anécdotas sus historias de toda una vida en la Puerta de Carmona, historias que curiosamente siempre acaban teniendo como moraleja los valores que mejor definen a su persona: la coherencia, la consecuencia, la fuerza moral, la capacidad de sobreponerse a las dificultades. Y al pregonero le gusta aprender de este catedrático de la prestigiosa universidad de la Puerta de Carmona, saber por su boca de una ciudad tan distinta, de un mundo que no conoció y que ya no es el mismo. Muchas veces, se para al volver del trabajo, cuando va camino de su casa, para compartir un rato de conversación con su Hermano Mayor, e intentar impregnarse de alguna de las virtudes de este hombre que desprende bondad a espuestas.*

*Y en la charla de La Ojiva desfilan recuerdos de las casas de vecinos, y de cómo, curiosamente, cuando más apretaba la escasez y donde más necesidad había, más compartía la gente. “Igualito que ahora”, se lamenta uno de los viejos. Vivencias de niñez en una Hermandad entonces recién fundada, con treinta parejas de nazarenos, como mucho, y con túnicas más azules y sin capa, como esas que siguen llevando los manigueteros.*

*Julián cuenta a veces historias que serían increíbles si yo, que desde el cielo fui testigo de algunas de ellas, no estuviera aquí para certificarlas, cómo la de aquel niño que jugaba con él a tirarse puñados de tierra de una obra que había en la calle Cristo del Buen Viaje, y que descubrió un día entre el montón de arena un pedazo de arcilla, y que se dio cuenta que apretándola con las manos se podía moldear, y cómo ese día Julián asistió sin saberlo entonces al nacimiento de un artista, porque con el paso de los años ese niño, entre muchas otras cosas, acabó tallando las cartelas con las Escenas de la Pasión que adornan el paso del Señor. Pequeñas historias de sevillanos escribiendo la gran Historia de su Semana Santa.*

*Eran tiempos de profesionales debajo de los pasos, de nombres legendarios en el martillo de San Esteban, El Fatiga, Adame, el Penitente, Ariza el viejo y su hijo, exhibiendo mando y carácter para poder dominar aquellas cuadrillas de gente, digámoslo así, difícil.*

*Con el paso de los años, fueron cambiando el barrio y la Hermandad, y el Hermano Mayor te habla del día que echó a andar la cuadrilla de hermanos costaleros, la primera que sacó sus dos pasos a la calle, el año que viene se cumplen treinta. Y de los tiempos, cuando se restauró esta iglesia, del exilio en San Ildefonso, dónde al llegar con el paso hubo que hacer sobre la marcha un apaño en la puerta porque aquello no entraba. Corta Julián un momento la conversación porque los hermanos Pardá, costaleros de oro y sobre todo gente de oro, ya se despedían, o eso creían ellos: “¿Qué, que ya os vais, no? ¿Y sin invitar a vuestro Hermano Mayor?”. Y claro, los Pardá se quedan.*

*Y sigue la tertulia, y siguen brotando vivencias. Un costalero habla del día en que se rozó la gran tragedia cuando en un ensayo, ahí detrás, en la calle San José, un conductor, bien cargado, se llevó por delante a toda velocidad el paso de Cristo con su gente buena debajo, y no pasó nada irreparable porque Dios no quiso. “Yo estaba debajo, recuerda Cerquera. El coche llegó hasta la segunda. De pronto éramos una amasijo de cuerpos unos encima de otros. A mí me sacó mi hermano tirando de un brazo. Menos mal que estaban los zancos en el suelo. Si llega a pasar un momento después de la levantá, de allí no salimos”.*

*Avanza la noche de Cuaresma, y entre cañas y tomatitos aliñaos se desgranán recuerdos de la Hermandad y de las vidas de los que siempre estuvieron aquí, que son casi una misma cosa.*

*Aquellas campanas de la Giralda, junto a las que yo me poso a veces, repicando a Gloria, Julián, ¿te acuerdas? para el Señor de la Salud y Buen Viaje, el día que presidió el Via Crucis de las Hermandades. ¡Qué imagen, enmarcado en la Puerta de Palos, rodeado y defendido por toda la Sevilla cofrade! Esa noche lloraba lágrimas de alegría ¡A ver quien se burla de ti ahora, Rey de los Judíos!*

*O al poco tiempo, las monjas en Santa Paula, cantando de amanecida a la Virgen en su Via Lucis a las Cinco Llagas, y después, de vuelta, sobre su paso de palio pasando el Arco, cruzando el cancel y la puerta, y llegando hasta Ella en la Basílica ¡Y sonó tres veces Coronación para la Reina de los Desamparados! ¡Y desde entonces resuena en San Esteban mil veces gracias para nuestra gente hermana de la Macarena!*

*¡Ah! Recuerdos de toda una vida en San Esteban, Julián. Quién le iba a decir al chaval del corral de vecinos que un día sería el Hermano Mayor, el capitán de esa nave de extenso pasaje y escasa tripulación que son las Hermandades humildes. Yo sé, porque te veo desde arriba, de ese afán tuyo por ser siempre costalero de las cargas de los demás, de ese estar toda tu vida poniendo la espalda, como tú dices, para que no pasen los que quieren acabar de desfigurar este barrio y el estilo sencillo que tú representas.*

*Si pudiera contar cuántas cosas has hecho por la gente, las veces que te plantaste ante un juez, ofreciéndote para poner bajo tu responsabilidad a algún joven del barrio en el que la droga y sus consecuencias se habían cebado, a cambio de una segunda oportunidad en la vida. Ninguno de ellos la desaprovechó. Ese ha sido tu premio.*

*Toda una vida de calladas labores en favor de los demás. Tu amigo el pregonero se ausenta mentalmente de la tertulia cofrade. Lleva tiempo pensando cómo decirte desde el atril lo importante que eres para él, y para muchísima gente en esta esquinita del mundo. Y de nuevo, le ayudo susurrándole al oído: “No escribas sobre el Amor. San Pablo ya lo hizo por todos.”*

*Y copiando para ello su preciosa carta a los corintios, y sin miedo a resultar irreverente, porque las cosas que se dicen de corazón no pueden serlo, el pregonero define hoy con todo su cariño a su Hermano Mayor:*

*Mi amigo Julián es paciente y servicial; no es envidioso, ni hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza. Mi Hermano Mayor no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá, pero el amor, Julián, ese amor que tu nos regalas cada día a todos los que tenemos la suerte de conocerte, ese no pasará jamás.*

*¡Tengo tantos privilegios! Puedo volar, puedo llegar a cada rincón de esta ciudad con sólo pensarlo. De noche, cuando Sevilla duerme, es sólo para mí.*

*Me poso una madrugada en la rama de un árbol de la plaza de San Lorenzo. Aquí vive el mejor costalero que conozco. Los viernes de Cuaresma, media Sevilla se llega a su casa para darle las gracias por lo bien que sabe llevar la carga. Recuerdo que cada año, en aquel tiempo lejano en que fui un niño, mi padre me despertaba muy temprano, y antes de que amaneciera el Viernes Santo me traía al corazón de Sevilla, a ver pasar aquel costalero de almas. Os confieso que entonces me daba un poco de miedo verle venir, tan poderoso, con su cara ennegrecida, manchada de barro y de sangre, con aquella enorme corona de espinas hincada a conciencia en su cabeza, y pese a todo ello, dando esa impresión de absoluta grandeza. Me agarraba fuerte a la mano de mi padre, que me decía: ¡Míralo bien, hijo! Es el Señor de Sevilla.*



*Con los años el temor se transformó en devoción. Aprendí a leer en el dolor de su rostro, a entender el mensaje de su Pasión. Me sentaba en los bancos de la iglesia y hablaba con Él. Siempre quise ser costalero de ese Costalero de San Lorenzo, meterme debajo y echarle una mano con aquella interminable Cruz. Viéndole supe que Dios existe, y que está debajo de los pasos, no sólo encima. Te crees que tú lo llevas y no te das cuenta de que es Él quien te lleva a ti, quien te pasea por Sevilla con tu costal y tu faja. Te mete ahí, en la oscuridad, en el silencio del esfuerzo, para que pienses en lo que quieres, en lo que eres, en lo que deberías ser. ¡Cuánto tiempo para pensar, cuánto esfuerzo llevándote cada día de tu vida!*

*Es el mejor costalero que existe. Por eso siempre quise acompañarle, cruzar Sevilla juntos racheando largo el paso, oírlo callar con solo intuir su presencia, imaginar amaneceres morados en la Gavidia fijando su andar poderoso. Ser costalero del Gran Poder. Siempre lo había soñado. Debí serlo de alguna forma. Creo que por eso hoy puedo volar Sevilla.*

*¡Se puede ser costalero de tantas formas! La fuerza que permite ayudar a los demás con sus cargas está en el interior de cada uno de nosotros, en la libertad que Dios nos da para actuar y que es el mayor de los dones que tenemos. Sin duda utilicé mi libertad para ser su costalero de alguna de esas maneras. Sí, debe ser por eso que ahora estoy aquí.*

*Todos estos pensamientos quiero susurrar al oído del pregonero mientras duerme, pero responden a sentimientos tan íntimos y complejos que temo que no me entienda. No sé que hacer para que sepa bien lo que pretendo decirle. Quizá lo consiga si se lo envuelvo en un breve cuento con moraleja. Cómo me gustaría que cuando despierte, crea haberlo soñado y lo escriba en su pregón. Vamos allá:*

*Hace muchos, muchos años, un árbol se asomaba a Sevilla desde la misma cornisa del Aljarafe. Con enormes ramas daba sombra a sus atardeceres de verano. Qué suerte crecer pudiendo contemplar, desde aquel privilegiado balcón, una de las ciudades más bellas del mundo, que además en aquel tiempo era un hervidero de actividad por el comercio que su río permitía con América.*

*El tiempo y el sol del sur, el agua de los arroyos y la brisa que soplaba suave desde el Condado, habían hecho crecer aquel roble hasta convertirlo, con su enorme tronco y la frondosidad de sus altísimas ramas, en la viva imagen de la fortaleza y la grandeza, pero a la vez, de la soberbia y de la altanería. Le atravesaba el viento de primavera y parecía escucharse un silbido chulesco que aseguraba: “Mi madera servirá un día para dar forma al palo mayor de un galeón, y saldré de Sevilla por ese río, que aquí abajo serpentea, para buscar nuevos mundos navegando los océanos, y volver a ella cargado de plata y tesoros.”*

*Casi escondido por este enorme roble echó raíces, cómo pudo, un cedro que por estar a la sombra de aquél, apenas creció. Pero a cambio, su ánimo era fuerte, y también decía, provocando con ello las carcajadas de su inmenso vecino, que su madera serviría un día para formar parte de uno de aquellos navíos que cruzaban los mares, y que sería mástil de la bandera, o torre para el vigía, o incluso mascarón de proa. Pero se equivocaba.*

*Llegó el día en que los leñadores llegaron para talar los árboles. Hicieron falta dos hombres y toda una mañana para cortar el tronco del enorme roble, que terminó cayendo con gran estruendo. Tan cansados acabaron, y tan poco premio suponía por escasa la madera del otro árbol, que decidieron dejarlo allí. “No merece la pena el esfuerzo por un árbol tan pequeño, -dijeron- ¿para qué va a servir?” Pero se equivocaban.*

*Desde la atalaya del Aljarafe, ya sin aquel gigante tapándole el paisaje, el cedro veía Sevilla y el Guadalquivir, y, con tristeza, reconoció un día en el navegar altivo de un galeón a su antiguo vecino, y desde allí le pareció oír sus risas y su voz diciéndole: “¿No ves? No vales para nada, y por eso ahí seguirás, hasta que un día te corten para arder como leña en un horno cualquiera”. Pero se equivocaba. Aunque durante muchos años aquel barco que habían hecho con su madera surcó los océanos, y fueron cientos las veces que se vio cargado de oro y plata, y hasta participó triunfante en mil batallas, llegó un día en que, desvencijado por los años, corrompido por el agua y la sal del mar, acabó hundiéndose en el océano, en cuyo fondo terminó por deshacerse.*

*Y todos se equivocaban, porque un día junto al pequeño cedro pasó alguien que buscaba un árbol poco más alto que un hombre, y seguro de haberlo encontrado lo cortó, y lo llevó a su taller, para que hoy, siglos después, yo me pose en la rama de un árbol de esta plaza de San Lorenzo, delante del templo donde habita aquel pequeño cedro que, sin saberlo, contenía la viva imagen de Dios y de su Gran Poder”.*

*Y ahora despierta, pregonero, y grítale fuerte a quien no lo crea: Dios existe, vive dentro de todos nosotros, y es el mejor costalero.*

*A veces, muy tarde ya, me paro en las espadañas para acompañar con la mirada a esos noctámbulos que vuelven a casa, conversando con la soledad de las esquinas vacías, con los perfumes dulzones de esta época que seduce y anima a caminarla despacio, y a saborearla en cada uno de sus rincones, como ayer, cuando yo volvía entre cal de fachadas resbalando hasta la orilla de las calles, o como hoy. ¿No lo habéis notado, ahí mismo, en Pilatos? Su nombre es primavera.*

*Mirad, por ahí veo venir a nuestro pregonero. ¿En que ocupa hoy sus pensamientos? Parece triste. ¿Cómo es posible en una noche abierta del marzo sevillano? Me intriga tanto su pena que le sigo desde el cielo, por San Marcos, entre calle Sol y calle Luna. Se sienta al llegar tras la ventana, pero esta vez su mano no necesita mi ayuda para escribir. Presiento que habla de ausencias y de dolor. Graba el pregonero en tinta sentimientos con prisa y casi con rabia, y luego, en un gesto que no esperaba, rompe a llorar en una soledad que sería cierta sin mi presencia etérea. Se levanta brusco, arrastra silla, derrama lo escrito, y se va no sé a donde. Y allí en el aire me quedo, inmóvil, ante una silla tumbada y un papel en el suelo. Me acerco y lo leo hoy, como él lo escribió entonces:*

*“Yo te pido, Dios, que el pellizco que como una tenaza me ahoga ya la garganta sabiendo los párrafos que siguen, no me quiebre la voz. Y es que confieso que lo que ahora leo se llovió de lágrimas al ser escrito. Cada una de esas gotas que aquella noche, al recordar la tarde sin flores de mayo en que un gran hombre emprendió su Buen Viaje hacia lo eterno, se estrellaron contra el blanco universo del papel y lo salpicaron de luceros grises de pena y ausencia, eran puras gotas de corazón, perlas de sentimientos verdaderos, que fluían tan sinceras como envidiadas por las torpes palabras que intentaban traducirlas.*

*Como gotas de cera, Paco, que en Semana Santa nos marcan el asfalto de las calles y firman, para que no se olvide, un “por aquí pasó”. Como gotas de cera, hermano, que adornan mis recuerdos al paso de los tramos de tu memoria viva.*

*Que no se quiebre mi voz, Dios mío, que esta noche tiene que llegar alta y clara a cada esquina de esta iglesia, a cada rincón del alma de los que la escuchan, tiene que hacer retumbar bajo estas bóvedas el latido de todo San Esteban por su añorado Teniente de Hermano Mayor, voz que se una al grito de amor que ha sido su existencia, voz que recuerde su mejor legado de vida, siempre poniendo paz.*

*¡Cómo confunden las ausencias inesperadas! Que gran prueba de fe cristiana es asumirlas. Si olvidar es morir dos veces, con este cruce de sentimientos encontrados yo te recuerdo hoy, Paco Hernández, para mantenerte aquí, entre nosotros, tu gente, siempre.*

*Me puedo poner triste, y decir*

*Cuánto te echamos de menos.  
Si no nos habita el olvido  
procesión que va por dentro  
serás, hermano y amigo,  
nuestro eterno costalero.  
No estás, pero no te has ido.*

*O puedo ponerme alegre, y pensar*

*que ya no tienes fronteras,  
y que has llegado el primero  
hasta tu Dios y tu Reina,  
hasta tu Amor verdadero,  
hasta el dintel de esa puerta,  
Puerta Carmona del cielo.*

*O puedo ponerme a soñar, y creer*

*que en celestiales cabildos  
de los que hacen Historia  
tantos cofrades de siglos  
de Sevilla y su memoria*

*seguro te habrán elegido  
Hermano Mayor de la Gloria.*

*O puedo cerrar los ojos, y pedir*

*que seas el viento suave  
que entre las luces del palio  
se enrede entre sus varaes  
la noche del Martes Santo.*

*De la corriente al costero  
¡alivia trabajaderas!  
Del fijador al patero  
¡Se aroma de incienso y cera!  
¡Se brisa de primavera  
cruzando respiraderos!*

*Y se para siempre un sueño  
de padre y hermano bueno,  
de dulce sabor eterno,  
de saber ser y ser sereno.  
Paco Hermano, amigo nuestro,  
de San Esteban, al cielo.”*

*¡Cuánta impaciencia me invade! Apenas he podido esperar a que anochezca este Martes de vísperas, en el que ya casi se fueron marzo y la Cuaresma, para volar veloz hasta la Puerta de Carmona. Es el día. Aquel que empezó a escribir del costalero en la fría soledad de una noche de invierno, aquel por cuya ceguera me vi convertido en perro-guía, en recolector de palabras, aquel que descubrí tras una ventana de San Román, cuenta hoy su pregón en la iglesia. Bueno, cuenta nuestro pregón, que incluso donde ahora habito los excesos de humildad, más que virtud, son defecto.*

*Y aquí estoy, en el aire de las naves de San Esteban, dispuesto a escuchar esas palabras que un día musité al oído de un cofrade que fue costalero de Sevilla, y no precisamente de los mejores, aunque sí que le echó siempre ilusión y cariño a mas no poder.*

*La Agrupación Virgen de los Reyes toca “Bulería en San Román”, y sin saberlo le pone título a este pregón. Y tan bonitos recuerdos de Madrugadas soñadas en esa plaza le trae al pregonero esta marcha, que se atreve a decirle versos a una manera artista de cruzarla delante de un palio:*

*La Virgen por San Román  
lleva un capataz poeta*

*que le alegra el corazón  
gitano de pura cepa.  
Cuando su palio se mece  
entre la plaza y Peñuelas,  
Alberto pierde el sentido  
y más que mandar le reza:  
“Hay que fundir los metales,  
llámame un poco, Varela,  
ay, cuánta Majestad traes,  
qué bella vienes, princesa”.  
Sobre los pies de sus sueños  
y entre poema y ronquera  
le van oliendo las calles  
si Ella las pisa a canela.  
“Que no llegue la mañana,  
¡aguantarse su trasera!”  
Piropos de madrugada  
de Sor Angela hasta Dueñas.  
La Reina de los Gitanos  
tiene un capataz poeta,  
se llama Alberto Gallardo,  
martillo de plata y seda.*

*Llega el momento de la palabra. Con aire tembloroso, se levanta el pregonero y se dirige hacia el atril. Le recorre el mismo hormiguo que aquella tarde de Jueves Santo en que, puesto al palo, esperaba la primera llamada de Manolo Santiago en Santa Catalina.*

*Y antes de empezar a hablar, cierra un instante los ojos y le pide ayuda a su Cristo de la Salud y Buen Viaje, al que prefiere recordar como un día lo bautizó su hija Blanquita, con todo el cariño de su inocencia de niña, al verlo sobre su paso: “papa, el nuestro es... el que va sentadito”.*

*Y empieza a caminar el pregón, el mismo que, terminando ahora de pasar sus tramos ante ustedes, esta noche han oído.*

*Sólo me queda algo aun por decir.*

*Se me olvido contar que un día, Dios me regaló estas alas, aunque Él dice que me las gané en vida, y me susurró al oído: “El cielo es lo mejor que puedes soñar”. Y desde entonces sueño el cielo, y lo surco, y me hace pleno y feliz. Cuando acabe el pregón y salgáis a la calle, mirad arriba, con los ojos de la Fe bien abiertos, y puede que me veáis. Con mis alas extendidas, revoloteando en torno a la torre, o adentrándome en el universo azul de la noche. Sí, ahí estaré, ahí estaremos, porque en cada golondrina, en cada vencejo, en cada pájaro de la noche de Sevilla vive el alma limpia y eterna de un costalero bueno, como Él dice que yo fui, o como fue*

*aquel que sigue viviendo en esa paloma que con demasiada prisa ha cogido ya sitio sobre una torre de la Plaza de España para ver antes que nadie la Paz eterna en el parque, o como fue esa golondrina en la que ahora habita el que ponía su mano en mi hombro cuando era niño y me decía ¿lo ves, hijo mío? Es El Señor de Sevilla. A ver quien ha escrito mejor pregón que ese.*

*El cielo es lo mejor que puedes imaginar. Dios me puso alas, me dio a elegir, y yo imaginé quedarme en Sevilla para siempre, con mi gente, con mis calles, cuando llega la Semana Santa. Siempre estaré allí, en el racheo de alpargatas subiendo el Bacalao, en un viento suave que hará temblar las candelерías de su palio en calle Castilla, en la voz firme que mandará el paso del Nazareno el día que vuelva al Salvador. Y seré plata en el palio, cristal en el guardabrisa, bordado en la túnica, caña en sus manos, cruz en Su Hombro ¡Que inmensa alegría, hermano! Ahora sé que pasamos por el tiempo para ser por siempre alma en el aire de Sevilla.*

*Ha pasado ya el pregón. Como en el fundido final de una película, la iglesia se irá quedando vacía, se irá oscureciendo, y se hará el silencio tras el eco de la voz del pregonero, que pide perdón por haberse atrevido a contar que un día soñó que el alma de un costalero le susurró al oído este pregón que hoy, en San Esteban, se ha dicho.*

*Y a mí, permítanme que esta noche, en vez de volar Sevilla, me quede con El, en la ventana.*

*Muchas Gracias.*